

LA VOZ DE CUBA.

HABANA 21 DE AGOSTO DE 1874.

CABALAS POLITICAS.

Doloroso es que la traición de algunos hijos espías en esta antilla, que las discordias civiles y las mezquinas ambiciones de partido en la península, den margen a que otras naciones estén tratando a la noble España al pueblo en cuyos dominios alguna no se podía el sol, como ni trozo de tierra del que cada una pueda sacar el girón que más la convenga.

Desde que estamos dando al mundo el triste espectáculo de nuestras disensiones, desde que la lucha ha tomado un carácter torpe y sangriento, desde que en mal hora tuvimos la debilidad de ceder en una cuestión internacional, en la que estaba de nuestra parte la razón y nos sobraban fuerzas para sostenerla, todo el mundo se cree con derecho para formar con nuestra desventurada patria las cabalas más descabelladas y para repartirse de memoria nuestro territorio.

El teatro de batalla de todas las combinaciones que se hacen en las relaciones de los periódicos extranjeros es Alemania, ya por sus recientes victorias sobre la Agnada, Francia, ha venido a ser el coco, no sólo de Europa sino también de América.

Los que tales cabalas hacen, sean quienes fueren, ó han olvidado la historia y desconocen totalmente el carácter español, ó creen que hemos variado tanto que se puede atacar impunemente a nuestra independencia.

El pueblo español ha sido y es por naturaleza propenso a malgastar sus fuerzas en luchas interiores; pero ha dado y está dando dispuesto a dar al mundo pruebas de su tenacidad é inquebrantable constancia cuando se trata de sostener la independencia de la patria y la integridad del territorio. La traición ha abierto a voces las puertas de la nación al enemigo; pero siempre hemos concluido por expulsarlo, humillando sus altiveces.

Una traición entregó a la España interior a las huestes ajenas y ocho siglos pelearon los españoles hasta arrigar a sus enemigos a las inhospitalarias playas de África. Nuestras discordias interiores prolongaron la lucha, pero España no se dejó humillar é hizo morder el polvo a los audaces invasores.

Otra traición hizo dueño al gran capitán de la época de casi todo nuestro territorio, pero pronto el león de Castilla despertó de su letargo, y no sólo derrotó a los invencibles soldados del coloso, sino que fué la causa de la ruina de su imperio.

Por la traición, por la fuerza, por causa de nuestras intestinas disensiones podrá tal vez una nación extranjera llevar la guerra a nuestra patria, apoderarse de una parte de su territorio, pero no será sin que al fin y al cabo la arrojen de ella ignominiosamente abatiendo su insensata soberbia. La epopeya de 1808 á 1814 volverá á repetirse cien veces si otras cien veces fuese necesaria. El pueblo español volverá á ser el mismo del 2.º de mayo, y el ejército el mismo de Bailén.

Un pueblo que tan fieramente defiende la integridad de su territorio, que lo sacrifica todo por conservarla, ¿podría voluntariamente consentir la aneación á otra potencia de la más mínima parte de él?

Desengáñense los cabalistas políticos: esta palabra es totalmente desconocida para nosotros, no existe siquiera en nuestro idioma, ni hay gobierno capaz de aceptarla para nuestra patria; y si lo hubiese caería bajo el peso de la pública indignación sin poder realizar tan crueles planes.

Nosotros creemos que si nació en Europa se le ha ocurrido pedir á España, bajo condición alguna, parte de su territorio, ni creemos que haya ninguna nación tan insensata que se proponga apropiárselo por la fuerza ó prevaleciendo del lamentable estado en que nos han puesto nuestros trastornos interiores.

Pero, si venos, que se ha puesto en moda atribuir á Prusia estos planes ó inferimos la ofensa nacional de que nuestro gobierno negocia en este sentido.

Primero partió de Francia la noticia de que el gobierno español cede al alemán las Islas Filipinas, mediante la indemnización de algunos millones para pagar nuestra deuda. La noticia hizo fortuna, y así pronto circuló y fué comentada por los periódicos extranjeros, particularmente por algunos de los Estados Unidos, que ya en fricción con el prestado para establecer comparaciones y hacer castillos en el aire sobre la codiciada posesión de esta Antilla por el sistema americano de comprarla con un puñado de oro, sin necesidad de exponerse á las contingencias de un conflicto internacional.

Desvanecida como el humo, no se abandonó por eso el obligado tema de Prusia: to-mando por base la protección que Francia

dispensaba á los carlistas y el antagonismo de esta nación con el imperio alemán, salió de Londres la especie de que se iba á ceder á Alemania el puerto de Santoña, en cambio de sus buenos oficios para terminar la cuestión carlista.

Ya hemos dicho en uno de nuestros números anteriores lo que hacia al caso sobre esta cabala política, que fué desmentida por el mismo cable al día siguiente de circulada.

Más no terminan aquí los planes anexionistas. El *Herald* de Nueva York, que, como se sabe, es toda una potencia que manda sus representantes á las naciones y á los ejércitos *inteligentes*, echó también en cuartó á España, y sin abandonar el pie forzado de Prusia entró en materia suponiendo que «es Puerto-Rico lo que necesita Alemania y que España desea ceder la isla en cambio de apoyo contra los carlistas».

Nuestro estimado colega, el *Diario de la Marina*, ha contestado ya al asunto que escribió el *Herald* comentando su propia suposición, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar bravatas, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar ninguna bravata, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar ninguna bravata, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar ninguna bravata, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar ninguna bravata, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir durante años á los españoles que nos echasen bravatas, porque creíamos que no sabían pelear, se nos viene encima una guerra con los alemanes que han demostrado recientemente, á no quedar duda, que son exportadores soldados».

En primer lugar, no es cierto que los españoles hayamos echado bravatas á los Estados Unidos, porque además de oponerse esto á nuestro carácter, no se nos ha ocurrido nunca promover el menor conflicto á una nación con la que vivimos en paz. Cuando ha habido motivos fundados para sospechar que los Estados Unidos, ó sus gobiernos, tratan de inmiscuirse en los asuntos de Cuba más por el interés que por el deber, hemos sostenido nuestro derecho y hemos probado sencillamente que estábamos resueltos á que se respetase la neutralidad.

En cuanto al tono de *perdonas vidas* con que el *Herald* afirma que los Estados Unidos no han permitido echar bravatas, «por lo que creían que no sabíamos pelear», no podemos tomarlo en serio los que por desgracia estamos peleando hace años con encarnizamiento por motivos bien fútiles en comparación de los que tendríamos para sostener una lucha provocada por los Estados Unidos. Más si no lo bastan, al *Herald*, esos hechos contemporáneos y que registra nuestra historia para probarle cuán ridícula es la *lastima* que afecta tenemos, le recordaremos que cuando la cuestión del *Virginius*, á pesar de que en los Estados Unidos se sabía que nuestro gobierno había transigido con el suyo, la actitud digna y decidida que tomó el pueblo español, fué suficiente para producir un pánico más que regular en los Estados de la Unión americana, *haciendo bajar de un modo notable los fondos, lo que prueba que los que no saben pelear, sin echar ninguna bravata, convirtieron la *lastima* en otra cosa que no queremos decir, para que ven el *Herald* que somos más parcos que él en calificaciones.*

Pero lo más célebre de todo es la lógica del *Herald*. Después de hablar de *perdonas vidas* y de reconocer que los alemanes *saben pelear* añade: «Por supuesto que jamás se permitiría á Alemania plantar la bandera del imperio en tierra americana».

«Esta si es *bravata* de ó fello, y digna del periódico que la echa!»

Pero tranquilícese el *Herald*: no creemos que Prusia haya pensado en poseer á Puerto-Rico, como no pensó en poseer las Filipinas ni el puerto de Santoña; pero si lo pensase sería lo mismo, porque los españoles, sin echar ninguna bravata, *no consentimos nunca en ceder, ni por dinero ni por protección, un solo palmo de nuestro territorio. cueste lo que cueste.*

Si por desgracia nuestras discordias civiles ó nuestra mala fortuna nos condujesen á tener que luchar con una nación extranjera para defender nuestra integridad nacional, peleáramos hasta conseguir la victoria ó hasta perecer bajo las ruinas de nuestra patria, como hemos peleado siempre, como peleamos nuestros antepasados en Sagunto y Numancia, en Geron y Zaragoza.

Correspondencia.

A los Sres. que nos han dirigido una carta, por la firma de «varios escritores», preguntando si la guerra civil que se dice que no se manifiesta ya en los periódicos de esta capital, como se hacía antes, los puntos de la isla en que han caído los premios ma-

yoros de la lotería, podemos contestarles que siendo este un dato puramente oficial, no pueden tener otro valor que el de reproducir, en la prensa, la noticia que el gobierno, por su propia cuenta, ha publicado en la prensa, para facilitar la noticia, pues de otro modo no es posible que la prensa pueda insertar una noticia que no tiene ningún valor, para saber.

Se nos pregunta en una correspondencia enviada desde una de las ciudades que ha recibido sus labores del mes de Junio último la benemérita clase de retirados de Guerra y Marina.

Los que las ignoramos pero suponemos que la noticia sea la situación que ha atravesado el Tesoro por motivos de todos bien conocidos, si bien confiamos en que pronto, merced á los mayores recursos que ingresan en él, y creemos por tanto que en breve serán atendidas las necesidades de los retirados de Guerra y Marina, para el pago de sus pensiones.

Disposiciones sobre la prensa.

El primer decreto relativo para la prensa de la Península en la época republicana fué el de 1820, cuando el general D. Martínez de la Rosa, al tomar posesión de la presidencia del gobierno, dispuso que los gobernadores civiles cuidasen muy especialmente de que los periódicos y demás publicaciones estuviesen en la más perfecta libertad, y lo ha hecho en términos que nada dejan que desear; pero el lenguaje del periódico americano era tan bravucon, tan faturo de tono y tan fajo de locos que no hemos podido resistir al deseo de exponerlos á nuestra vez del suelo en cuestión, por más que demos á la prensa «cabala del *Herald*» la misma importancia que á las anteriores.

No se conforma el periódico americano con vagar por el campo de las suposiciones, sino que entrando en el terreno de las afirmaciones afirma: «Después de permitir

